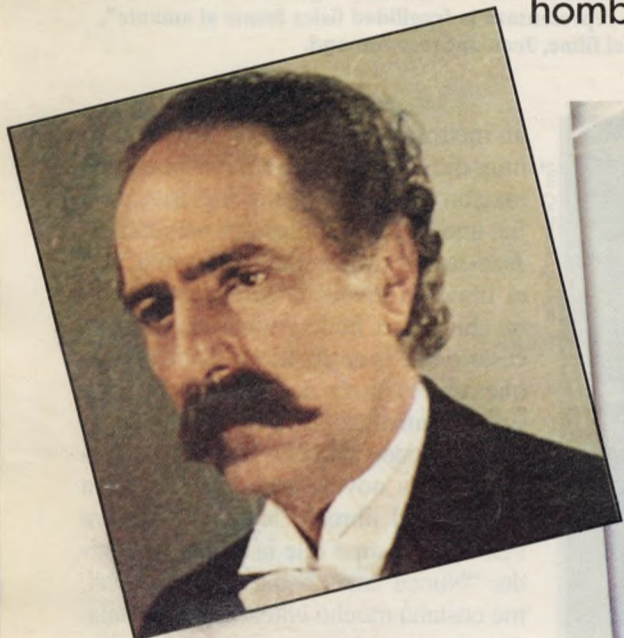


NEMESIO ANTUNEZ

¡COMO LO VAMOS A OLVIDAR!

Esta expresión, que instintivamente repetimos cada vez que un ser querido muere, ha sido una especie de canto general a raíz de la desaparición de Nemesio Antúnez. Pero la emoción viene de otra parte. No es al artista, al actor, al ex director del Bellas Artes, al presentador de televisión, al que sus amigos recuerdan y lloran. Es también el Nemesio de todos los días, el hombre cálido y generoso, el que les aprieta la garganta.



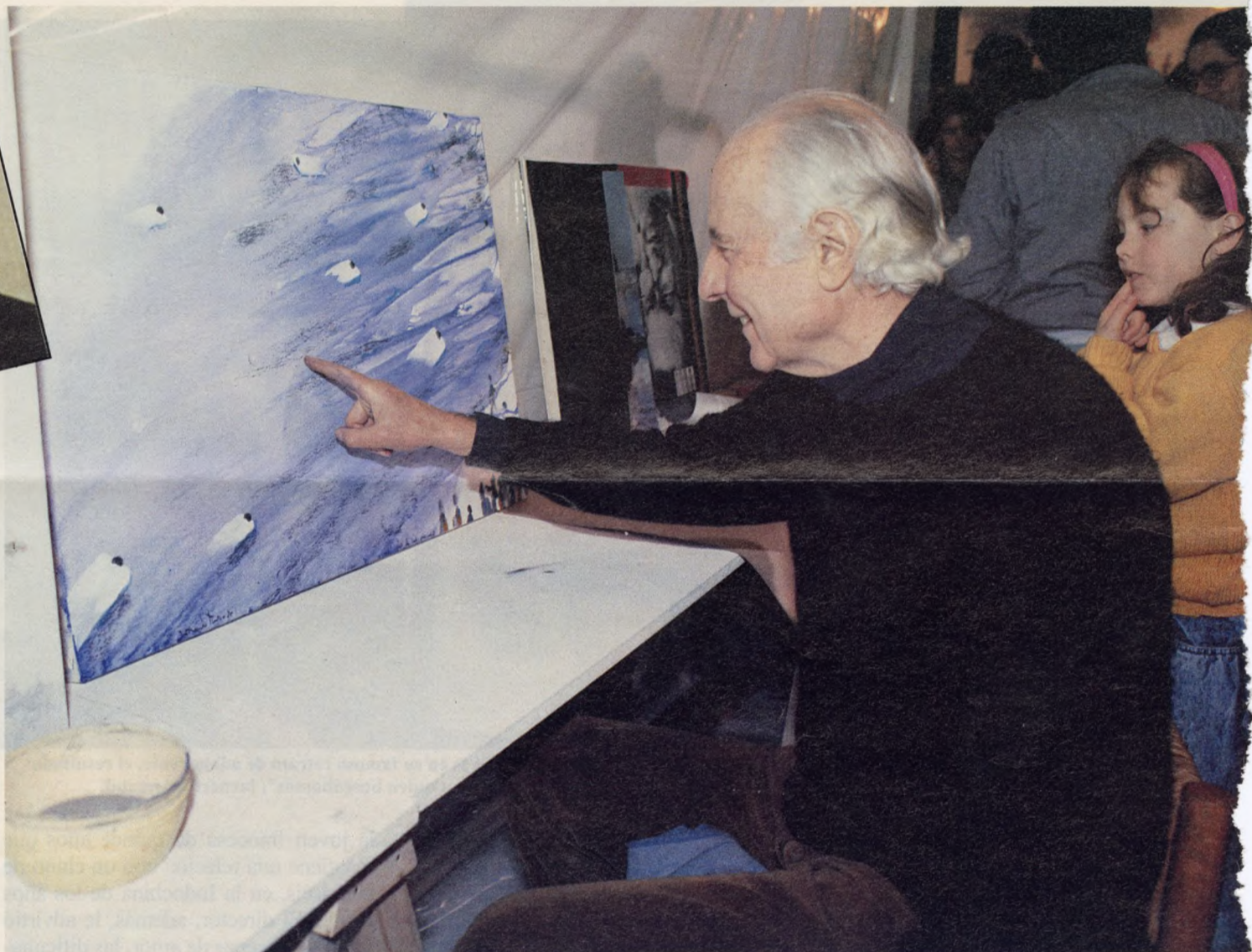
Como actor lo dirigieron Raúl Ruiz y Costa Gavras. En la foto, maquillado para hacer las veces de presidente Balmaceda en un largometraje que, a la postre, se frustró.

“Lo conocí de siempre”, dice la diseñadora María Inés Solimano, su amiga de muchas horas. “Desde 1946, cuando yo empecé a hacer vida de adulta. El tenía 28 años. Me llamaba la atención por lo tímido, lo solo y lo retraído. Pero en los 60, cuando vino a Chile su gran amigo, el poeta brasileño Thiago de Mello, Nemesio cambió. Empezó a reír, a hablar. ‘Thiago me enseñó que la alegría no es la felicidad. Que es algo que se inventa, que se crea. Me enseñó la alegría’, solía decir.

“Tenía un don especial para relacionarse con la gente. Nunca hablaba desde arriba; hablaba desde el lado. Si estaba con el presidente, estaba con el presidente; si estaba conmigo, estaba conmigo. Yo tengo una hija deficiente mental y ella lo amaba. Una vez le hice un muñeco y le pedí que lo bautizara. Le puso Nemesio.

“Nunca aprendió a manejar un auto y le encantaba disfrazarse. Siempre cuidó muy bien su parte de niño. Patricia de Antúnez, su mujer, hizo una labor maravillosa. Cuando él terminaba una pintura, la dejaba puesta en cualquier parte. Patricia la fotografiaba y al día siguiente estaba numerada y archivada.

“Cuando trabajamos juntos en el Museo Nacional de Bellas Artes, del 68 al 71, todo se hacía. A su modo, pero se hacía. Tenía una capacidad ilimitada de trabajo. Siempre lo vi como pintor y como servidor público. Nunca se hubie-



Más de mil óleos, doscientos grabados, once murales, el programa de televisión *Ojo con el arte* y gran número de carátulas para discos y libros, constituyen parte del legado artístico de Nemesio Antúnez.

ra podido dedicar sólo a una cosa, aunque se lamentara por ello.

“Vivió con gran austeridad. Jamás tuvo una casa confortable. No eran feas, pero el confort no era parte de su historia. Adoptó la sencillez como forma de vida, tanto en lo material como en su forma de relacionarse con la gente. No tenía mal genio, pero sí se acaloraba y era pasional y emotivo, como buen Tauro. Cariñoso y preocupado de Pablo, Manuela y Guillermina, sus tres hijos, y de sus amigos. Entre los más cercanos, recuerdo a Eduardo Vilches y su mujer Alicia Vega, a Roser Bru y toda su familia, a Neruda, La Hormiguita (Delia del Carril), Juan Pablo Langlois.

“Era un ser único. Un tipo de la clase alta chilena que nunca fue pepeto ni ganador de dinero; un hombre

que eligió a sus amigos por afinidad emotiva y artística y no por factores sociales. Único, no por excelso, sino por multifacético.

“El sabía que estaba en la etapa final. Nos despedimos en marzo. En medio de una larga conversación, le miré las manos y le dije: ‘¡Por Dios, tus manos. Qué manos más lindas!’ ‘Manos de muerto’, me respondió. Los últimos meses estuvo más tranquilo. Dejó de forcejear. Soltó. De repente uno como que abre las manos y las cosas... se van. Como todo.

“En Chile hay muchos pintores mejores o peores que Nemesio. Eso no importa, es cuestión de gustos. Pero nadie ha hecho ni hará el trabajo que él hizo —tanto en lo social como en lo cultural— con tanta dedicación, tanto ca-

riño y tanta gracia. Es un hueco muy grande el que quedó, una zanja. Te lo digo en serio”. Y secándose los ojos, María Inés Solimano (viuda de Luis Hernández Parker) dio por terminada la conversación.

INCANSABLE

La artista Roser Bru prefirió escribir su testimonio:

“1956. Lo conozco en Santiago. Llega de Nueva York y forma aquí, con pasión, el ‘Taller 99’ de grabado. Nos juntamos primero unos cuantos; él nos moviliza e impulsa. Crecen Vilches, Delia del Carril, Dinora y otros. Vamos haciéndonos a través del grabado y bajo la mirada descubridora de Nemesio.

“Una tarde lo volvemos a ver en Nueva York, donde es agregado cultu-



Pintor infatigable de camas, dijo que éstas no eran sus fantasmas sino sus amores. “Un día vi una cama y me di cuenta de su importancia. Uno se pasa un tercio de la vida allí: se nace, se muere, se ama”. (*La última cama*, Roma, 1983).

ral. Allí estaba su mundo de multitudes, de ventanas. Allí había hecho sus primeros grabados.

“1973. Se va de Chile. Se instala en Sitges, cerca de Barcelona. Cada vez su trabajo recuerda más su ausencia. Incansable, se traslada a Londres. Chile le sigue penando. Cada día escucha las noticias de su tierra. Antes del último regreso a Santiago, vive en Roma. Camina la ciudad y pinta la nostalgia. Sobrepones sus temas: cordillera, camas, cuerpos, manteles, duelos. Todo lo cubre con mantas americanas. Retorna. Tiene que volver al origen. Siempre en su vivir escoge a Chile. A Chile y a la libertad. También a su tierra, para la larga muerte”.

“NO COBRABA”

El profesor y artista Eduardo Vilches también se une a este recuerdo. Conoció a Antúnez en Concepción en 1958, cuando éste fue a dictar un curso de acuarela a esa ciudad. Allí lo invitó a unirse a su taller. “Se llamaba “Taller 99”, porque quedaba en Guardia Vieja 99. Hoy el número no existe. La avenida 11 de septiembre pasó por arriba. Era a la vez casa y estudio, y no cobraba por enseñar. Lo que quería era promover el grabado y transmitir todo lo que había aprendido con William Hayter, tanto en París como en Nueva York.

“El primer día era cualquier día del año. Me imagino que así funcionaban los talleres renacentistas. Todos los asistentes tenían formación artística. Era un hombre muy cálido. Decía cosas. No eran clases formales. Después nos trasladamos a la Católica —cuando se creó la Escuela de Arte, de la cual Nemesio fue cofundador— y pasó a llamarse “Taller 99 UC”. Eramos como una familia. Se creo una amistad que se ha mantenido hasta ahora.

“Cuando asumió la dirección del



Nunca ocultó que Van Gogh era su predilecto. De allí que un girasol de su cuño no podía faltar en la exposición que la galería Arte Actual organizó para conmemorar los cien años de la muerte del gran maestro holandés.

Museo de Arte Contemporáneo (1961), lo transformó en una cosa viva. Tenía la virtud de que, donde él estaba, empezaban a pasar cosas. Y, como es lógico, no le faltaron detractores. Era un hombre de izquierda, pero no de partido y nunca fue sectario.

“¿Cómo me voy a olvidar de Nemesio si él me metió en el ambiente artístico? A él le debo tres cosas claves: primero me mostró a Rembrandt, después los dibujos de Goya y, estando juntos en Londres, me llevó al British Museum para que viera los frisos del Partenón. Ese fue el golpe de gracia.

“Como ser humano, descubrí que un artista puede ser una persona normal. Siempre los cuentos sobre los artistas son retorcidos y en provincia todo es más pacato. La última vez que lo vi nos reímos mucho, porque él ya casi no podía hablar y yo estoy medio sordo”.

A la esposa de Vilches, la profesora y crítica de cine Alicia Vega, se le iluminan los ojos cuando recuerda las dotes de actor de Antúnez. Todavía se muere de risa cuando recuerda la vez que lo maquillaron para el rol de presidente Balmaceda, en una película que se iba a filmar y que a la postre no se

hizo. “Con el maquillaje le quitaron como treinta años de encima. Estaba tan feliz que se fue a buscar, a medianoche, a un ex compañero de colegio para matarlo de la envidia”.

“Su carrera como actor llegó al clímax en la película *Estado de sitio*, de Costa Gavras, cuando hizo las veces de presidente de Francia y no de embajador, rol para el cual había sido contactado inicialmente, pero que, al verlo en persona, se lo cambiaron”.

Para la historiadora y profesora de arte Silvia Ready, el paso de Nemesio Antúnez por el Bellas Artes significó un cambio. “Ahora pude asistir, junto a mis alumnos, a una serie de actividades que van más allá de ver cuadros colgados en los muros, como son las conferencias, los encuentros y los videos, que acompañan y complementan la vida artística”.

PASAJERO DE CARGA

Vivió sus 75 años sin sacar el pie del acelerador. Hombre de mayo —nació y murió en este mes—, contaba que un premio de oratoria que se ganó en el colegio, a los 17 años, cambió radicalmente su vida. Este consistía en un viaje a Francia y hacia allá partió como único pasajero del buque de carga *Alabama*. En tierra firme se enfrentó por primera vez con Picasso y Miró. Ahí se produjo el milagro. Sin embargo, a los ocho meses regresó y estudió arquitectura. Es más, en Estados Unidos sacó un master en esta profesión, pero la acuarela ya estaba en su vida. Después vendrían los estudios de grabado, con Hayter en París y Nueva York; el óleo; su primer matrimonio; dos hijos; su taller; la fundación de la escuela de Bellas Artes de la Universidad Católica; la dirección del Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile y su cargo como agregado cultural en Nueva York. Luego su segundo matrimonio; el nombramiento, por parte del presidente Frei, como director del Museo Nacional de Bellas Artes; la confirmación en su cargo por parte de Allende; el nacimiento de su hija Guillermina, y la reconfirmación por parte del régimen militar. Sin embargo, esta vez él no aceptó.

Nemesio Antúnez se exilió por voluntad propia. De esa época quedaron obras como *La Moneda ardiendo*, *Neruda y su lluvia*, *Lonquén*, *Estadio negro*. Regresó a Chile y se unió a la campaña del No. En 1990 asumió nuevamente como director del Bellas Artes. Pero el cáncer le ganó la batalla.

Fanático de su casa, declaró haber tomado, bailado, fumado dos veces marihuana y probado el LSD como parte de un experimento médico. Con tan buena suerte que, mientras los otros participantes se desquiciaron, él se dedicó a soñar con sus obsesiones más profundas: los cipreses y los girasoles de Van Gogh.

Al preguntársele, hace un par de años, qué era lo mejor que le había pasado en la vida, respondió: “Ser pintor”.

—¿Y lo peor?

—Todavía no me ha pasado. ■

Lily Urdinola